

Educar en el Amor

A las puertas del curso escolar 2009-2010, nuevas e invariables expectativas se adueñan de la población. Las familias se preparan ante la inminencia de las clases que demandan ciertos preparativos. En lo que los muchachos se alborotan pensando en el reencuentro con sus colegios y sus condiscípulos, a los padres les preocupa cuál profesor o profesora les tocará a sus hijos, a la vez que calculan cuánto hará falta para asegurarles algunos enseres imprescindibles. La búsqueda esforzada de forros para libretas y libros, bolsos para llevar los materiales escolares y la merienda, uniformes, zapatos apropiados, causan la circulación de un gentío por tiendas y calles al final de las vacaciones y a principios de septiembre.



Bajo las recientes medidas del gobierno sobre los Preuniversitarios que regresan del campo, la elevación salarial a profesores y trabajadores de la educación y la autorización a jóvenes estudiantes para ser contratados, las autoridades docentes organizan el inicio de las actividades escolares. Mientras, en los hogares nos preguntamos sobre la calidad de esas actividades. En la Cuba de hoy, después de las conquistas sociales de los últimos 50 años, queda fuera de duda el aporte histórico que trajo la eliminación del analfabetismo y la instauración de la educación gratuita en todos los niveles de enseñanza, nos ocupa la elevación de los niveles de calidad en relación con las concepciones pedagógicas más modernas. En tal sentido, las instituciones cubanas que rigen la educación y la ciudadanía, en general, se unen en el punto neurálgico de la relación maestro-discípulo. Abundan los comentarios cotidianos sobre la funcionalidad de la versión criolla de las teleclases y la dudosa preparación de los llamados profesores emergentes.

Nuestra nación atesora una larga tradición de grandes maestros que han influido en los destinos de la patria. Félix Varela, José de la Luz y Caballero, José Martí y Enrique José Varona (de quien este año se celebra el 160 Aniversario de su natalicio), no solo marcaron el rumbo de la pedagogía cubana desde finales del siglo XVIII hasta la actualidad, también determinaron la fundación de un país. De igual modo, en la actualidad, muchos consideran que profesores mal preparados, en especial de los primeros grados, pueden darle una inclinación desfavorable al presente y al futuro. Los preocupantes resultados de unos exámenes de caligrafía, ortografía y redacción que se aplicaron recientemente a estudiantes de las Sedes Universitarias Municipales (SUM) han causado una considerable inquietud, pues se trató en esa ocasión de cubanos que ya se encuentran en la enseñanza superior o están a punto de terminarla.

Sabemos que las crisis y dificultades de los últimos años no han dejado incólume al sistema de educación nacional. La situación económico-sociales, harto conocidas desde la década de los 90, desató en el sector una estampida tan grande de maestros que fue imprescindible la aplicación de varias medidas, asumidas como paliativos a problemas más graves cuyas causas primeras tal vez se pierdan en las complejidades de nuestra sociedad. Por ende, debe aceptarse, en principio, la posibilidad de que estos profesores

muy jóvenes alcancen después cierta experiencia y definan su vocación durante el ejercicio profesional, así como que regresen a las aulas aquellos profesores experimentados que, por urgencias económicas, las abandonaron.

Pero en el tema de los jóvenes profesores emergentes (sería falso decir que todos son malos) no se encuentra el fondo de un problema que nos cuestiona sobre cuál es el tipo de enseñanza que hoy se requiere, y cuál es el tipo de educación que queremos para nuestros hijos. Antes estaría la demanda de un criterio claro sobre la educación. Porque educar no se reduce a instruir en una materia o especializar a una masa de estudiantes en un grupo de conocimientos. La educación debe ser un proceso de formación integral de las personas que comprenda las esferas del desarrollo intelectual, emocional, cultural, físico, social, ético y espiritual. Es decir, toda la persona humana debe crecer armónicamente durante el proceso educativo y no una parte en menoscabo de las otras. Pero si hubiera que privilegiar alguno de los aspectos anteriores, en el reducto mínimo nunca podría faltar la educación ético-moral que organiza el comportamiento del individuo y sus relaciones con el mundo. Esa esfera constituye el gran desafío de una parte de la educación en Cuba, y justo en ella donde el Cristianismo y la Iglesia tienen mucho que aportar.

Posiblemente exista un consenso básico en la idea poco discutible de que necesitamos trabajadores competentes, ciudadanos responsables, patriotas dignos, que quieran servir y cuidar al país. Pero no lo conseguiremos sin sostener una educación como forja de un ciudadano libre y disciplinado, lo suficientemente culto para dialogar desde la diversidad, y lo suficientemente respetuoso para defender sus convicciones y respetar las de los demás, al percibir en la variedad una riqueza y no una amenaza. Recordemos aquí también el valor de la familia. Fundamento de cualquier sociedad humana, representa el campo de la primera y básica formación personal cuando propicia el ámbito ideal donde la diferencia debe regirse por la solidez de los lazos afectivos.

Quizá consigamos, las familias y las instituciones estatales, sujetos íntegros si los educamos con el ejemplo de valores universales confirmados mediante la práctica de las virtudes antes que con la exposición de doctrinas (ser “un evangelio vivo”, afirmó Luz); si estimulamos esa virtud desterrando de nuestras aulas y de nuestras casas los códigos de la violencia, la grosería, la vulgaridad y el egoísmo; si cultivamos sentimientos de fraternidad y de misericordia que superen los prejuicios y las más sutiles injusticias. El sueño de la Cuba próspera e inclusiva, que todos deseamos, podría parecer imposible, entre otras cosas, si nuestros hijos no son atendidos por profesionales eficaces desde el punto de vista técnico y desde el punto de vista humano, gente que desee ser maestro y que, además de satisfacer sus necesidades materiales, ame la docencia y sus frutos generosos, sin temer los sacrificios que exige.

Cualquiera no puede ser maestro, en tanto la capacitación del oficio de nada vale sin la supremacía de la caridad que eternizó San Pablo de Tarso: “El amor jamás dejará de existir” (1 Co, 13, 8). Enseñar, e incluso estudiar, tiene que verse como lo que es esencialmente: un acto de amor que enseña a amar, a veces, un acto de amor extremo.

Así como el estudio forja un miembro de la comunidad, el aprendizaje alcanza su pleno sentido en el servicio a la sociedad. Construimos, cultivamos, accionamos en función de otros cuyo bienestar justifica nuestra obra, que de otro modo quedaría encerrada en el egoísmo y el narcisismo. El esfuerzo educativo tiene sus raíces y sus frutos en la

condición social de la persona humana, imagen de la condición comunitaria del Dios Trinidad. Tampoco olvidamos el modelo que Jesucristo nos donó con su propia familia humana. Junto a San José, su amoroso padre adoptivo, y a la Virgen Santísima, nuestra Madre de la Caridad, el Salvador del Mundo experimentó la cotidianidad de cualquier gente pobre, pero también disfrutó la alegría y la santidad de una familia unida. El Niño aprendió el oficio de su padre y gozó de las atenciones de la mejor madre que Él mismo, Dios Eterno, pudo concebir. Su educación no estuvo exenta de riesgos y dificultades, pero tampoco careció de la presencia del Padre Celestial y la efusión del Espíritu.

Le pedimos al Niño Jesús que cuide a los niños y niñas, a los adolescentes y a los jóvenes cubanos durante su formación y crecimiento. Y a su Madre, Reina de la Familia, le presentamos este nuevo curso y este año de esfuerzos en la única educación posible que es la formación constante en el Amor.